

EL EMPERADOR CLAUDIO FLAVIO JULIANO Y SU VISION FILOSOFICA DE LA HISTORIA

No resulta tarea sencilla penetrar en el pensamiento del emperador Juliano y abarcarlo en toda su complejidad. Para intentarlo con alguna posibilidad de éxito se hace indispensable conocer las circunstancias de su época, las de su breve pero agitada vida y, sobre todo, las múltiples influencias filosóficas y religiosas que recibió.

Comencemos por echar una rápida ojeada al escenario y época en que vivió.

El siglo IV es decisivo en la historia del imperio romano. En él se muestran con todo su vigor los elementos desencadenantes de la crisis que culminará en el siglo siguiente. Se consolida la transformación política iniciada por Diocleciano, bajo cuyo gobierno el principado augustano se convierte en una monarquía de tipo oriental de acuerdo con el modelo de los reinos helenísticos. Los tiempos requerían una concepción más clara y sencilla del poder absoluto.

La tarea de profunda transformación iniciada por Diocleciano es continuada por Constantino. Su vuelco en favor del cristianismo constituye un verdadero "giro copernicano" en la política tradicional del imperio. A partir de su reinado, Iglesia e Imperio quedarán estrechamente unidos con todas las ventajas e inconvenientes que ello implica. El imperio bizantino está en germen allí. Pero la romanidad clásica pagana ha recibido un golpe de muerte. El traslado de la capital imperial a la antigua Bizancio es el síntoma evidente de la enfermedad mortal que aqueja a la parte occidental del imperio.

Otro síntoma es la completa decadencia económica. El comercio queda reducido a transacciones de poca importancia por la falta de clientes adinerados y por los ataques de la piratería y los bárbaros. La gran industria se encuentra en una situación similar por la falta de mercados y de clientes. El empresario más importante es el Estado pues es el único que posee capitales suficientes. El populacho, especialmente en Roma, vive sin trabajar, pasando sus noches en las tabernas y sus días en las carreras; es el fermento constante de revueltas y motines.

La tierra de labranza, abandonada por los agotados campesinos o arrasada por los bárbaros, configura ya el latifundio medieval.

En el terreno de lo social, las antiguas clases han ido decayendo y transformándose. La aristocracia, cuyo poder político es prácticamente nulo, vive entregada a los placeres, los viajes o el "dilettantismo" literario. En Roma esa aristocracia conserva el recuerdo de su antiguo poder y gloria. Por eso se aferra al paganismo tradicional, símbolo de la pujante romanidad de otros tiempos.

En cuanto a la clase media ciudadana, su ruina es total como consecuencia de la mala organización que afecta a todo el sistema. Su única riqueza es la

tierra sobre la que recae el peso de los impuestos. Esta clase media coincide casi íntegramente con los curiales. El decurionato no es ya una dignidad personal, sino una condición social y civil transmitida por herencia. Los curiales deben soportar pesadas cargas, de las cuales la peor es la repartición y cobro de impuestos que deben ejecutar bajo su responsabilidad personal. El curial está de tal manera atado a su condición que no puede abandonar la ciudad en que vive sin autorización ni vender sus propiedades. Muchos de ellos se sienten aprisionados de tal modo que su único pensamiento es el de evadirse de la curia. El camino más fácil es entrar en el clero, pues entre sus privilegios está el de librarse de las obligaciones como curiales. Claro está que esto tiene sus limitaciones, pero, aun así, parece que muchos erérgicos gozaban de este beneficio.

Las clases más bajas, artesanos y campesinos, son las tradicionales víctimas del sistema. Los primeros deben soportar la competencia ruinosa de la mano de obra esclava o convertirse, a su vez, en verdaderos esclavos de las fábricas estatales. Los segundos están cada vez más sujetos a la tierra que no les pertenece. Anuncian ya a los siervos de la gleba.

La esclavitud sobrevive y sobrevivirá todavía mucho tiempo a pesar de los esfuerzos del cristianismo para acabar con ella. Pero ya no afluyen ríos de esclavos a los mercados romanos. Las guerras defensivas en que se debate el imperio proporcionan pocos cautivos. La única clase que disfruta de privilegios en el bajo Imperio es la burocracia, sobre todo la cortesana. A ella podemos agregar, luego del triunfo del cristianismo, las altas jerarquías eclesiásticas, especialmente durante los reinados de Constantino y su hijo Constancio II.

La ruina interior es sólo una parte de los males que sufre el imperio. Otros acechan desde la frontera. La osadía de los bárbaros germanos se hace cada vez más evidente a medida que el poderío militar romano muestra síntomas de decadencia. En varias ocasiones se lanzan en sus correrías a través del "limes", en otro tiempo infranqueable, y arrasan las tierras del imperio. A estas irrupciones violentas debemos agregar las infiltraciones pacíficas, cada vez más numerosas. En el Bajo Imperio los ejércitos romanos estaban integrados, en su mayor parte, por soldados de origen germano. Sólo era cuestión de tiempo y circunstancias favorables el que se adueñaran del poder.

La parte oriental del imperio tiene también su enemigo secular y peligroso: el reconstituido imperio persa. Después del último rey arsácida, Artabán, el reino parto cayó en manos de Artajerjes Sasán. Este pretendía descender de los antiguos reyes aqueménidas, cuyo poderío intentó restaurar. El imperio sasánida se mostró dispuesto, en el siglo IV, a recuperar las provincias de Oriente que permanecían en manos de Roma. Sus frecuentes ataques a las ciudades fronterizas obligaron a los emperadores a mantenerse en continuo pie de guerra.

Todos estos aspectos que hemos reseñado muy sumariamente configuran la imagen crepuscular del siglo IV.

En este mundo que agoniza lentamente nace, demasiado tarde, Juliano. Su llegada anacrónica a la historia romana explica muchos de sus fracasos. Dos siglos antes habría sido, tal vez, uno de los más esclarecidos representantes.

del principado. Prototipo del paganismo, adviene a un mundo en que aquél ya no tiene cabida ni significación.

El breve lapso de treinta y tres años que cubre la vida de Juliano abunda en hechos y circunstancias de importancia decisiva para la formación de su personalidad.

Nació en Constantinopla en el año 331. Su padre era Julio Constancio, nacido del matrimonio de Constancio Cloro con Teodora, hijastra de Maximiano Hércules. Su madre, Basilina, fue la segunda esposa de Julio Constancio y murió poco después del nacimiento de Juliano. Los primeros años de su niñez transcurrieron en Constantinopla.

Tenía seis años cuando la tragedia se abatió sobre su familia. Poco tiempo después de la muerte de Constantino comenzaron a circular rumores inquietantes. Esos rumores pretendían que Constantino en su testamento acusaba a sus hermanos, hijos del matrimonio legítimo de Constancio Cloro, de haberlo envenenado, y pedía que se tomaran con ellos las más grandes precauciones. El efecto de estas acusaciones no se hizo esperar. Los soldados se precipitaron hacia la morada de los hermanos de Constantino, y las orillas del Bósforo asistieron a una de esas carnicerías dinásticas que después se repitieron tantas veces hasta el reinado de los últimos sultanes¹

En esta matanza perecieron el padre, un hermano, los tíos y primos de Juliano. Sólo se salvaron: Galo, uno de los hijos del primer matrimonio de Julio Constancio, porque estaba gravemente enfermo, y el propio Juliano por su corta edad. La responsabilidad de estos crímenes parece recaer sobre Constancio, uno de los hijos de Constantino, aunque no existe ninguna prueba de ello. Si la orden no partió directamente de él, sin duda los soldados actuaron por su instigación más o menos velada.

El pequeño Juliano, cuya alma fue profundamente afectada por esta tragedia, quedó al cuidado de los parientes de su madre, pero se lo separó de su hermano Galo. Constancio designó al obispo Eusebio de Nicomedia, pariente de Juliano por línea materna, para que supervisara su educación.

En realidad, quien se ocupó en estos primeros años de formar el alma del niño fue el eunuco Mardonio que había sido pedagogo de Basilina. Aunque cristiano, Mardonio sentía un amor verdaderamente pagano por Homero y los demás poetas griegos, amor que supo transmitir a Juliano.

Cuando tenía doce años murió Eusebio, en 342. Constancio, temeroso de que los dos huérfanos pudiesen adquirir importancia política y convertirse en un peligro para la estabilidad de su trono, decidió reunirlos y recluirllos en una lejana fortaleza de Capadocia, en Macelo. Allí vivieron prácticamente prisioneros, rodeados de servidores que eran, en realidad, espías, sin compañeros de juegos y sin maestros para continuar los estudios, al menos durante los primeros tiempos. Juliano guarda muy mal recuerdo de aquellos años pasados en Macelo. ¿Cómo describir aquí los seis años que pasamos en una propiedad extranjera, como aquellos que entre los persas son internados en fortalezas? Ningún extraño podía abordarnos; nuestros antiguos conocidos veían

1. Bidez, Joseph, *La vie de l'Empereur Julien*, Paris, Les Belles Lettres, 1930, p. 14.

negarles la autorización para visitarnos; vivíamos privados de todo estudio serio, de toda libre conversación, educados en medio de una brillante domesticidad y compartiendo nuestros ejercicios con nuestros propios esclavos como camaradas. Pues ningún compañero de nuestra edad se acercaba a nosotros: estaba prohibido”².

Sin embargo Constancio, al cabo de un tiempo, permitió a los niños continuar sus estudios. Mardonio volvió al lado de Juliano quien concluyó su educación literaria. Inició la lectura de los filósofos, en especial, Platón y Aristóteles. En esta época comenzó también a frecuentar las obras de los teólogos cristianos.

El cautiverio de los huérfanos duró hasta 351. Constancio, luego de la muerte de sus dos hermanos, había quedado solo al frente del imperio. Necesitaba un colega que aliviara su pesada carga y, en consecuencia, resolvió coronar como César a su primo Galo encargándole la custodia de las provincias de Oriente.

Juliano se vio también favorecido con esta medida pues se lo autorizó a salir de Macelo y retornar a Constantinopla. Asistió allí a las escuelas públicas en las que pronto se destacó sobre sus compañeros. Las gentes miraban con simpatía a este joven tan serio y estudioso; comenzaron a considerarlo como posible sucesor de Constancio. Los rumores llegaron hasta el susceptible emperador quien, de inmediato, ordenó a Juliano que abandonara Constantinopla y se trasladara a la ciudad de Asia Menor que fuera de su preferencia. Fue en esta región donde Juliano comenzó a recibir profundas influencias paganas. En Pérgamo entró en contacto con filósofos neoplatónicos y escuchó las lecciones de Edesio y sus discípulos Crisanto y Eusebio. Por intermedio de estos dos últimos tuvo noticias de Máximo de Efeso que era uno de los principales filósofos teurgos de la época. A partir de Jámblico, discípulo de Plotino, el neoplatonismo abandona los cauces puramente racionales y se convierte en una mezcla de religión, filosofía y magia. En esta línea sobresale Máximo. Juliano logró ponerse en contacto con él y se convirtió en su más devoto discípulo. El espíritu imaginativo y sensible del joven fue cautivado por la misteriosa y atractiva personalidad de Máximo. El teurgo lo inició en su ciencia y le transmitió cuanto sabía de Filosofía. El cristianismo vacilante de Juliano, que había ido desmoronándose a lo largo de la adolescencia, fue abandonado por completo. Esta conversión al paganismo fue mantenida en secreto pues así lo exigía la seguridad personal del príncipe.

Entretanto su hermano Galo había caído en desgracia. Los abusos cometidos por él y su esposa en Antioquía provocaron su ruina. Fue ejecutado por el verdugo en una oscura fortaleza de Istria. Los cortesanos que rodeaban a Constancio, maestros en intrigas y acechanzas, trataron de eliminar también a Juliano. Tejieron una maraña de calumnias en torno al único pariente del emperador. Si fracasaron fue por la intervención de la emperatriz Eusebia, esposa de Constancio, quien siempre demostró a Juliano un afectuoso interés. No sólo consiguió que el príncipe escapara indemne a las trampas palaciegas,

2. JULIEN, Empereur, Oeuvres Complètes. Texte établi et traduit par J. Bidez, Paris, Les Belles Lettres, 1932. Discurso al Senado y pueblo de Atenas, cap. 3.

sino que también logró la autorización, largo tiempo anhelada, para instalarse en Atenas.

Esta ciudad vivía del recuerdo de su glorioso pasado y era todavía un centro importante del helenismo. Allí Juliano se sintió feliz, respirando la atmósfera adecuada para su espíritu y recorriendo los mismos senderos por donde deambulara Sócrates con sus discípulos.

La feliz estadía de Juliano en Atenas se vio interrumpida bruscamente. Recibió la orden perentoria de trasladarse a Milán. Lleno de amargura y su ánimo dominado por negros presentimientos abandonó Atenas. Pero no era la muerte sino el poder lo que le aguardaba. Otra vez impotente Constancio para hacer frente solo a los graves problemas del imperio buscó la ayuda de un nuevo César. Con la aprobación de Eusebia resolvió la designación de Juliano a pesar de la tenaz oposición de sus consejeros quienes desconfiaban de él e intuían su enemistad.

La misión del nuevo César sería defender la Galia, constantemente amenazada y devastada por las incursiones de los germanos.

Pese al gran honor que se le hacía, Juliano se sentía sumido en un mar de dudas y temores. El triste fin de Galo no se apartaba de su mente. Advertía perfectamente que Constancio se mostraba magnánimo porque tenía necesidad de él, pero que en cualquier momento su desconfianza y debilidad de carácter podían transformarlo de nuevo en su verdugo. En realidad, Juliano hubiera preferido continuar su vida tranquila, libre de los cuidados del poder. Pero los dioses, según su propia versión posterior, lo forzaron a aceptar este camino.

El día 6 de noviembre de 355 Constancio, en presencia del ejército, procedió a la proclamación del nuevo César que sólo tenía 24 años.

Antes de emprender el viaje hacia la Galia Juliano contrajo enlace por imposición de su primo. Helena, hermana de Constancio, era una mujer sencilla y devota que no ejerció ninguna influencia en la vida de Juliano. Es tan poco lo que sabemos de ella que la vemos pasar por la historia como una sombra.

El duro oficio de soldado era completamente desconocido para Juliano y tuvo que aprenderlo sobre la marcha pues los ataques germanos no permitían ningún tipo de dilación. Ponía tal empeño en hacer bien las prácticas militares que los soldados veteranos, en lugar de burlarse de él, miraban con simpatía los esfuerzos evidentes que le costaba transformar un filósofo en un buen general. Pronto demostró que no sólo era bueno sino excelente. Superando obstáculos e insidias de sus propios colaboradores, la mayoría de los cuales eran espías puestos por Constancio para vigilarlo, reconstruyó fortalezas, recuperó territorios y castigó duramente la osadía de los germanos. La brillante victoria de Estrasburgo obtenida sobre una coalición de reyes bárbaros, hizo resonar su nombre en todos los rincones del imperio.

El César no sólo se ocupó de sus funciones militares sino que buscó poner orden en la administración financiera y judicial de la Galia. Redujo impuestos, suprimió abusos, castigó jueces venales. Pronto fue venerado por sus súbditos.

Juliano había trasladado su cuartel general a Lutecia, es decir, París. Su posición central le permitía controlar todo el territorio de la Galia y acudir rápidamente a cualquier amenaza sobre las fronteras. Allí lo sorprendió la

orden del emperador de que le enviara sus mejores tropas pues el peligro persa se levantaba otra vez en Oriente. No es fácil discernir con justicia si la orden de Constancio respondía únicamente a sus necesidades bélicas o si buscaba desarmar al que ya consideraba un peligroso rival.

Juliano dudó mucho antes de poner en ejecución la orden imperial puesto que comprendía el peligro que ello involucraba para su propia seguridad. Además esa orden violaba la promesa hecha a los soldados galos de que nunca se los forzaría a abandonar el territorio patrio. Finalmente, falto de apoyo por parte de sus oficiales, dio a las tropas la orden de partida. Esa misma noche estalló el motín.

Los soldados enfurecidos rodearon la residencia de Juliano a los gritos de ¡Juliano Augusto! Este se resistió largo tiempo a aceptar la corona imperia porque comprendía perfectamente los riesgos de la aventura en que se embarcaba. La actitud amenazadora de la soldadesca quebró su resistencia y fue proclamado Augusto. Esto ocurría en febrero de 360.

Se ha planteado la duda acerca de si Juliano fue completamente ajeno al estallido del motín. Muchos autores lo niegan pues, al parecer, algunos de sus amigos íntimos incitaron a las tropas. No tenemos, sin embargo, prueba alguna de su participación directa en el levantamiento, aunque, como le convenía, se dejó arrastrar por él. Más tarde dirá, según nos lo refiere Amiano Marcelino, que los dioses lo obligaron a aceptar la corona demostrando así que se consideraba el elegido de los dioses para la restauración del paganismo³.

No tardó en llegar la noticia del levantamiento hasta la frontera oriental donde Constancio se había instalado. Su furor estalló, pero se vio impotente para actuar. El peligro persa, en la persona de Sapor, lo sujetaba a esos territorios. Empleó, entonces, una política dilatoria a fin de ganar tiempo. Amonestó severamente a Juliano, pero no rompió con él. El nuevo Augusto también recurrió a la diplomacia pues no estaba seguro de salir triunfante si llegaban a un choque armado. Anticipándose al enemigo preparó rápidamente su ejército y marchó hacia Constantinopla. Las noticias de este desplazamiento de Juliano llenaron de inquietud a Constancio. Afortunadamente Sapor emprendió la retirada y se vio libre para correr al encuentro de su primo y disputarle la corona. Pero ya era demasiado tarde para él. Al llegar a Tarso cayó enfermo de fiebres. Debilitado y no contando con una adecuada atención médica, murió en Mopsucrena a la edad de 44 años.

El legítimo poder imperial cayó así, providencialmente, en manos de Juliano. Lloró sinceramente la muerte de su primo, pero debe haber experimentado un alivio inmenso.

En medio de las aclamaciones del pueblo entró en Constantinopla, su

3. AMIANO, Marcelino, nos trae el relato: "Los familiares de Juliano le oyeron decir que la noche que precedió a su aclamación se le apareció en sueños una figura en la forma que se representa al Genio del imperio, y le dijo con severo acento: —'Mucho tiempo hace ¡Oh Juliano! que permanezco invisible en el dintel de tu palacio para encubrirte a los honores. Más de una negativa he soportado. Si ahora me cierras también la puerta a pesar de la unanimidad de votos que te llama, me marcharé triste y desalentado. Pero recuerda que desde este día dejaré de habitar contigo". Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano*. Traducción de F. Norberto Castilla, Madrid, Librería de Hernando, 1895, libro XX, p. 261.

ciudad natal. Tenía 32 años. Había llegado el momento de poner en vigencia los planes de gobierno para los que se había preparado durante tanto tiempo.

Las realizaciones políticas de Juliano no constituyen la finalidad de este trabajo. Por consiguiente sólo haremos un relato sucinto de los hechos que condujeron a su muerte prematura.

Juliano tenía mucho de Marco Aurelio pero había en su interior un Alejandro Magno que soñaba con la gloria. "Había en él dos hombres, el pensador y el hombre de acción, los que tenían en el ejercicio de sus facultades la misma inquietud y la misma intensidad de vida. El pensamiento de hacer resurgir el helenismo, objeto de su más vivo afecto, no basta para llenar su existencia. El soldado, el capitán, querían su parte y lo empujaban a cualquier gran empresa. Además, Juliano era un hombre de su tiempo y participaba de las antiguas tradiciones del mundo greco-romano y del prejuicio que, junto con el deseo de abandonar la ciudad que le recordaba sus delitos, había inducido a Constantino a trasladar la capital del imperio de Roma a Bizancio: el prejuicio de que el centro de gravedad del mundo civil estaba en el Oriente; por lo tanto, allí se requerían las mayores defensas, allí estaba el mayor peligro"⁴.

Esta actitud mental indujo a Juliano a menospreciar el verdadero e inminente peligro: los germanos. El los conocía perfectamente y sabía lo que el imperio podía esperar de ellos. Aún así, sólo tomó medidas de precaución en la frontera occidental y dedicó toda su atención al imperio persa.

Largos meses de preparativos requirió esta campaña a Oriente. Los mismos se realizaron en Antioquía, cuyos habitantes, frívolos y licenciosos, terminaron por granjearse la enemistad del austero emperador. Finalmente el 5 de marzo de 363 emprendió la marcha.

Los detalles de esta victoriosa campaña a través del territorio persa pueden ser conocidos por la obra de Amiano Marcelino. Una serie de triunfos fue jalonando la marcha de los ejércitos romanos que, finalmente, se encontraron ante los muros de Ctesifonte, capital de Sapor. Ningún otro ejército imperial había podido realizar semejante hazaña. Pero Juliano, considerando que su ejército no era bastante fuerte para intentar el asalto de las murallas resolvió, de acuerdo con sus capitanes, emprender el regreso.

La retirada fue una verdadera pesadilla. Los persas, como chacales, acosaban por todos lados a los romanos. El suelo devastado no ofrecía posibilidades de alimento; el calor y la sed consumían a los soldados. Las continuas escaramuzas con el enemigo mantenían en vilo al ejército. El 26 de junio de 363 los persas iniciaron un ataque por todos los frentes. Juliano trató de acudir a todos los puntos donde su presencia era necesaria para animar a las tropas. Sin armadura pues se la había quitado a causa del calor. Fue entonces cuando una lanza, cuya procedencia nadie pudo dvertir, hirió desde atrás su brazo y, penetrando por las costillas, se clavó en el hígado. Juliano trató de arrancársela pero sólo consiguió cortarse los dedos. Sangrando abundantemente cayó del caballo y fue llevado sobre un escudo a su tienda. El historiador cristiano Teodoro es el único que nos da la legendaria versión sobre la herida de Juliano:

4. NECRI, Gaetano, *L' Imperatore Giuliano l' Apostata*, Studio Storico, 5ta. edic., Milano, Instituto Editoriale Cisalpino, 1954, p. 104.

"Se dice que cuando recibió el golpe tomó algunas gotas de su sangre en la mano, las arrojó contra el cielo y dijo al mismo tiempo: ¡Venciste, Galileo!, confesando así su derrota y gritando una blasfemia, tanto era de colérico y extravagante"⁵.

La muerte de Juliano, dialogando con sus amigos filósofos acerca de la inmortalidad del alma, puede compararse con la de Sócrates. Las últimas palabras que se le atribuyen sirven para ilustrar lo dicho: "Amigos míos, Naturaleza me reclama lo que me dio prestado, y yo se lo devuelvo con la alegría del deudor que salda su cuenta. El alma no es feliz sino cuando recobra su libertad; y para los hombres de bien suele la muerte ser una recompensa. Yo, cuando menos, por una gracia la recibo. De haber vivido más tiempo, puede que hubiera cometido algún acto indigno de mí. Hoy muero sin remordimientos porque viví sin culpa. Goberné las provincias con blandura. Tuve siempre aversión al poder arbitrario. Sólo hice la guerra por obedecer a mi patria. Doy gracias al Dios eterno. Tan cobarde sería querer morir cuando vivir es necesario, como desear la vida cuando cumple morir"⁶. Tenía 33 años cuando murió. La misma edad de Alejandro, a quien admiraba y de Cristo, a quien odiaba.

Sus múltiples cualidades y la índole del objetivo al que dedicó su vida, no permitieron que sus contemporáneos se sustraieran a su influencia. Los paganos lo consideraron el héroe destinado a reivindicar los ideales más elevados del clasicismo. Los cristianos, en general, como un verdadero Anticristo.

El juicio contemporáneo más imparcial es el de Amiano Marcellino, pues lo mismo elogia sus virtudes que critica sus defectos: "Algunos rasgos bastarán para dar idea de la extensión de su inteligencia. Poseía en alto grado el arte de gobernar y hacer la guerra. Gustaba de mostrarse afable, no guardando más reserva que la necesaria para ser respetado. Joven por la edad, era ya viejo por las virtudes. Era apasionado por las ciencias y juez irrecusable en casi todas. Censor rígido de las costumbres, aunque dulce por carácter, despreciado de las riquezas y de todo lo perecedero, su máxima favorita era que el sabio debe ocuparse del alma sin cuidarse del cuerpo. Brilló por sus elevadas cualidades en la administración de justicia y, según las circunstancias y las personas, supo hacerla aparecer terrible sin crueldad"⁷.

Sin embargo, en otra parte de su obra dice: "No estaba exento de ligereza, pero en cambio permitía que lo reconviniere cuando no tenía razón. Hablaba demasiado y no conocía el valor del silencio. Abusaba de la adivinación, yendo tan lejos como el emperador Adriano en esta materia. En su culto había más superstición que religión verdadera. Era tan grande el consumo de bueyes que ocasionaban sus sacrificios, que se decía que llegarían a faltar si regresaba de su expedición a Persia. Era excesivamente aficionado a la lisonja; por la menor ventaja se inflaba su vanidad, y no resistía entablar conversación con cualquiera por simple deseo de popularidad..."⁸.

5. THEODORET, *Histoire de l'Eglise*, T. IV, Paris, 1686, Libro III, cap. XXV.

6. Palabras citadas en los Obras Completas de Juliano, vol. CCLII de la Biblioteca Clásica, p. 285.

7. AMIANO, Marcellino, op. cit., libro XXV, p. 47.

8. AMIANO, Marcellino, op. cit., libro XXV, p. 48.

A lo largo de los siglos su compleja personalidad siguió despertando la atención de los historiadores. Cada uno de ellos vio en Juliano una faceta diferente según el interés que los moviera. Así por ejemplo, Le Nain de Tillemont, aunque trata de ser imparcial, se fija sobre todo en su apostasía y en su política contraria al cristianismo⁹.

Por su parte los iluministas, y ante todo Voltaire, lo consideraron como un modelo de tolerancia y racionalidad. En nuestra época, Gastón Boissier destaca la facilidad con que supo acomodarse a las más diversas situaciones¹⁰; Barbagallo alaba sus sobresalientes cualidades de príncipe guerrero, superiores a las del estadista, el filósofo o el polemista¹¹.

Para Joseph Bidez su grandeza radica en las altas cualidades de su inteligencia y carácter, en el ardor de su fe, en el esfuerzo prodigioso de su voluntad¹². Caetano Negri se duele sobre todo de su tremendo fracaso, del inútil desgaste de fuerzas preciosas en un objetivo equivocado¹³. Paul Allard considera que en Juliano interesa más el individuo que la obra; su historia es un drama interior¹⁴.

Frente a opiniones tan diversas ¿cómo emitir un juicio definitivo y certero sobre personaje tan complicado? Al menos podemos intentarlo.

Un hombre vale tanto como sus ideales. Los de Juliano fueron muy elevados: religiosos, filosóficos, estéticos, intelectuales, políticos. Si pudo alcanzarlos o fracasó, no interesa. Basta con que haya proyectado hacia ellos toda su existencia.

Su figura es cervantina o, tal vez, shakesperiana. Un Quijote del Bajo Imperio rompiendo lanzas por una fe, o lo que es lo mismo, por una cultura condenada a perecer. Un alma complicada, torturada, como la de cualquier héroe de Shakespeare. Pero también con una gran capacidad para la burla y la sátira, cuyos dardos suele volver contra sí mismo. No en vano interesó a Miguel de Montaigne.

Podemos imaginar cuán grande debe haber sido su amargura al darse cuenta de que, salvo una escogida minoría de espíritus selectos, el resto del pueblo permanecía indiferente a los esfuerzos titánicos que realizaba para salvar una forma de vida y con ella el imperio.

Según su visión histórico-política, volver para atrás era ir hacia adelante. Pero el cristianismo, con una concepción más realista de la Historia, había condenado a muerte al paganismo. Era un acto concluido en el gran drama de la humanidad.

Juliano, espíritu intuitivo por excelencia, ha de haber penetrado la realidad de su fracaso. Por eso la muerte fue para él una liberación; en su sentido

9. LE NAIN DE TILLEMONT, *Histoire des Empereurs et des autres princes qui ont régné*, Venise, Chez François Pitteri, 1732, t. IV, p. 490.

10. BOISSIER, Gastón, *El fin del paganismo. Estudio sobre las últimas luchas religiosas en el siglo IV en Occidente*, Madrid, Daniel Jorro, 1908, t. I, p. 88-99.

11. BARBAGALLO, Corradi, *Giuliano l'Apostata*, Milán, Casa Editrice Bietti, 1940, p. 62-3.

12. BIDEZ, J., op. cit., p. 350.

13. NEGRI, Caetano, op. cit., p. 436-7.

14. ALLARD, Paul, *Julien l'Apostat*, 3ème. edit. revue et augmentée, Paris, Libr. Victor Lecoffre, 1906, t. III, p. 312.

heroico de la vida no tenían cabida las frustraciones, las concesiones, las "ententes cordiales" con el enemigo. Así pues, duele menos el verlo morir prematuramente que haber tenido que comprobar cualquier traición o degradación de sus ideales. En el escenario de la Historia su figura carece de verdadera y profunda trascendencia, pero gana en significación moral.

Más allá de sus defectos y miserias, con los que tropezamos en cuánto deseamos encontrarlos, está el hombre que busca el dios interior. No para su beneficio exclusivo, sino para felicidad de su pueblo.

La obra del emperador Juliano

A pesar de su agitada actividad militar y política, Juliano supo robar horas al descanso para dedicarlas a la redacción de numerosas obras a través de las cuales expuso los resultados de sus múltiples preocupaciones intelectuales. Mantuvo además una abundante correspondencia con diversos personajes de la época y, en especial, con sus amigos. En ella podemos descubrir los aspectos más valiosos de su personalidad.

Hasta el siglo VI, según sabemos por los historiadores cristianos, las obras de Juliano resultaban fáciles de consultar. Luego se pierde su rastro hasta los siglos X y XII en que los bizantinos realizaron copias manuscritas de las que derivan las que poseemos actualmente. El más importante manuscrito en el que se conservan las obras de Juliano es el llamado *Vossianus*. Poco es lo que sabemos acerca de su procedencia; fue redactado seguramente en el siglo XII o principios del XIII y en el XV pertenecía a Juan Chrysoloras, hermano de Manuel. De Constantinopla el manuscrito pasó a Italia y a mediados del siglo XVI se encontraba en Padua. A fines del siglo XVII el *Vossianus* reaparece en Windsor, en la propiedad de Isaac Vossius, del que tomó su nombre. Desde Windsor el código pasó a Leyden donde está cuidadosamente conservado desde entonces.

Aunque existen otros manuscritos, además del *Vossianus*, éste es el que contiene la colección más completa de las obras de Juliano. No se ha conservado ningún otro escrito fuera de los que pertenecen a este códice. Sin embargo, sabemos positivamente que no todas las obras del emperador figuran en él. Faltan los escritos mencionados por Suidas, entre los cuales los más importantes son: Las "Saturnales", la obra "Contra los Galileos", la llamada "Sobre el origen de los males" y el tratado "Sobre las tres figuras" (del silogismo).

Las obras conservadas son las siguientes:

- I: El Primer Panegírico del emperador Constancio.
- II: Segundo Panegírico del emperador Constancio o Acerca de la realeza.
- III: Panegírico de la emperatriz Eusebia.
- IV: Discurso sobre Helios Rey.
- V: Discurso sobre la Madre de los dioses.
- VI: Contra los cínicos ignorantes.
- VII: Discurso contra el cínico Heraclios.
- VIII: Consolación a Salustio.

- IX: Epístola a Temistio.
- X: Epístola al Senado y pueblo de Atenas.
- XI: Fragmentos de epístolas.
- XII: El Banquete o Los Césares.
- XIII: El Antioqueno o el Misopogón.

Desde el siglo XVI hasta nuestros días se han ido sucediendo las traducciones de estas obras. Entre ellas las más importantes son: la del padre jesuita Denys Pétau en el año 1630; la de 1696 realizada por el barón de Spanheim; la de 1875 de F. C. Hertlein.

En los últimos tiempos las traducciones son más eruditas y perfectas. Así por ejemplo R. Asmus ha hecho una traducción al alemán de las obras filosóficas de Juliano. Se trata de un trabajo concienzudo y preciso. En lengua francesa merecen señalarse la versión de Talbot y la bilingüe greco-francesa de Joseph Bidez cuyos méritos son indiscutibles. No podemos decir lo mismo de la versión española que forma parte de la Biblioteca Clásica. Es bastante oscura y confusa y se ha realizado sobre la traducción del barón de Spanheim.

EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DEL EMPERADOR JULIANO

La mayoría de los críticos ha reprochado la falta de originalidad en el sistema filosófico del emperador Juliano. Es fácil convenir en ello. Pero ¿cabía esperar originalidad en una época en que todos, paganos y cristianos, aspiraban a realizar la síntesis de cuanto el pensamiento antiguo había aportado al espíritu humano? Una civilización en crisis, perdida su potencia creadora, sobrevive mediante la elaboración y transformación de los productos culturales de épocas más fructíferas.

Por lo demás, aunque Juliano poseía aguda inteligencia y un espíritu notablemente apto para las más elevadas especulaciones, estaba desprovisto de la genialidad que requiere el creador de un sistema filosófico original. Tampoco tuvo maestros que estuvieran a la altura de su capacidad pues todos fueron mediocres representantes del neoplatonismo decadente. Si a ello agregamos la extremada juventud de Juliano y lo abigarrado de sus tareas podemos comprender mejor las fallas evidentes de sus teorías filosóficas.

Al contrario de lo que había ocurrido durante los primeros siglos de la filosofía griega, los últimos se preocuparon por encontrar, no la explicación de la realidad física ni metafísica sino el principio divino único de las cosas y el medio de lograr identificarse con él.

La etapa juvenil de la cultura griega coincide con un interés vital por conocer y dominar el mundo físico en que se desenvuelve. La religión es también algo que el hombre vive y siente, sin meditar sobre ella porque es, esencialmente, una derivación del temor que las tremendas fuerzas de la naturaleza suscitan en él. A medida que la cultura llega a su madurez se racionaliza y, superando temores, trata de alcanzar lo inteligible más allá de lo sensible. El mundo físico no despierta ya interés o preocupación porque es considerado sombra o ilusión; la verdadera realidad es la metafísica. El

ocaso de los dioses es también una consecuencia lógica de esta actitud mental pues la fantasía cede ante el avance de la razón. Por encima de los dioses se busca a Dios y más allá de la multiplicidad, la unidad. En ese momento la cultura alcanza su cenit.

Pero como el que está en la cima de la montaña debe descender, a la madurez de esa cultura sigue la senectud. En el campo filosófico las preocupaciones metafísicas son reemplazadas por las morales. Los pensadores se afanan por dar al hombre normas de vida y de conducta que le permitan aceptar el mundo decadente que lo rodea. Para unos la solución es sumergirse en el placer y el olvido que éste depara; para otros, la templanza, la sublimación de los instintos, el apartamiento de un mundo corrompido. Llega, sin embargo, el momento en que las normas escuetas de una ética, cualquiera que sea, no bastan al hombre. Necesita desesperadamente creer, pero creer en un Dios eterno, infinito, providente, perfecto, que dé sentido a ese mundo caótico que ya no puede entender ni dominar.

Cuando el mundo clásico alcanza esta etapa intenta todavía, con Plotino, un camino racional para llegar a ese Dios. Pero ya hay en Plotino demasiadas influencias extrañas al genuino racionalismo helénico para que su doctrina no derive, a través de la intuición y el misticismo, hacia una religiosidad que desborda lo racional para caer en doctrinas esotéricas y teúrgicas. El inicial antagonismo entre filosofía y religión es superado. La alianza de ambas responde ahora a una doble necesidad en primer lugar, la intrínseca búsqueda del hombre por encontrar un sentido a su destino individual y, en segundo, la urgencia de dar forma a una religión que pueda servir de dique al cristianismo que amenaza con arrollar al mundo pagano. En esa política religiosa están inscriptos los nombres de Jámblico, Máximo, Crisantio, Juliano, para mencionar sólo los más importantes.

El mejor exponente del sincretismo religioso característico del siglo IV es, quizá, la doctrina de Juliano. Sobre una trama de origen platónico y neoplatónico va tejiendo ideas de la más variada procedencia: la teurgia de Jámblico y Máximo, la teosofía de los Oráculos Caldeos, las doctrinas herméticas, las religiones orientales, en especial de la Mitra y Cibele, los cultos místicos griegos y, por supuesto, el paganismo tradicional. Puesto que el objeto de este trabajo no es analizar el pensamiento filosófico de Juliano, haremos sólo referencia a las obras en las que el mismo se halla expuesto.

La más importante es su "Discurso sobre Helios Rey" en la que desarrolla su concepción tripartita del mundo: visible, intelectual e inteligible. En ella sigue la línea tradicional del neoplatonismo; "Este mundo magnífico y divino, que se extiende desde la bóveda elevada del cielo hasta las extremidades de la tierra, y que mantiene inmutable la providencia de Dios, existe desde toda la eternidad y existirá eternamente, sin ser sostenido por otra ley que la fuerza incesante del quinto cuerpo¹⁵, del cual el principio elemental es un rayo de

15. El quinto cuerpo, considerado como una sustancia distinta de los cuatro elementos, es decir, el aire, el agua, el fuego y la tierra. Los antiguos, según la doctrina de Aristóteles, admitían como principio motor y conservador del mundo, una especie de alma, de éter al que dieron varios nombres. Es la entelequia de Aristóteles, la Quinta esencia de Cicerón, la Mente del Universo de Séneca, el Alma del Mundo, de Macrobio.

sol; después en un segundo grado, por decir así, por el mundo intelectual y todavía encima, por el rey del universo, en torno al cual todo gravita. Este principio, séame permitido llamarle el Ser que está por encima de nuestra inteligencia, o bien la Idea de todos los seres, el Todo inteligible, o el Uno (porque el Uno debe preceder a todos los otros como siendo el más antiguo) o formalmente, el Bien, siguiendo la expresión ordinaria de Platón¹⁶.

Veamos ahora cuál es la función que Juliano concede a Helios Rey dentro de su sistema: el Uno emana de sí al gran dios Sol para que le sirva de intermediario. Por su función demiúrgica se originan los dioses intelectuales que reciben, a través de él, los beneficios que el Soberano Bien le ha otorgado. La función del Rey Sol es, pues, la de intermediario entre el Uno y los seres inteligentes a los que comunica los bienes recibidos del Soberano Bien.

Queda aún el tercer sol: "Pero un tercer sol es aparente; hablo de ese disco luminoso, que es para todos los seres sensibles un principio evidentemente generador y conservador y que, visible él mismo, comunica a los seres visibles todo lo que hemos dicho que el Gran Sol comunica a los dioses inteligentes¹⁷.

Existen, pues, para Juliano tres soles que gobiernan tres mundos dispuestos jerárquicamente: el Uno o Soberano Bien que gobierna el mundo inteligible o de las Ideas; el Sol Intelectual o Helios Rey que gobierna el de los dioses inteligentes y el Sol visible que es principio generador del mundo sensible. "El del mundo inteligible, es decir, el primer principio, el Uno, el Bien, es sobre todo para Juliano un objeto de especulaciones filosóficas que su pensamiento gusta de sospechar en lo lejano, pero que apenas se deja abordar. El sol del mundo sensible es demasiado material para el último término de sus adoraciones. En el Dios central del mundo inteligente concentra, pues, todos sus homenajes¹⁸.

Algunos autores han creído ver en la concepción del Rey Sol y los atributos que lo adornan un intento de Juliano de introducir en el paganismo la doctrina del Logos o Verbo cristiano. Sin duda no puede negarse la supervivencia de algunas ideas cristianas en su pensamiento, pero las concordancias deben buscarse, tal vez, en la común fuente alejandrina en que abrevaron filósofos paganos y cristianos.

Existe otro texto de Juliano el cual, si bien no es de contenido estrictamente filosófico, nos permite advertir las íntimas vinculaciones que en el pensamiento de Juliano, lo mismo que en el de todo el siglo IV se daban entre filosofía y religión. Se trata de su "Discurso sobre la Madre de los Dioses". Al ascender al trono del imperio Juliano restableció el culto pagano en sus templos y ceremonias. Poco después se celebraron las festividades de Attis y Cibele. A fin de dar a conocer la significación profunda de su mito, uno de los más criticados por el crudo sensualismo y los ritos sangrientos que lo acompañaban, Juliano escribió este discurso. La propia diosa, como afirma, le brindó la inspiración necesaria.

En esta obra interpreta de manera alegórica el mito de Cibele y Attis.

16. *Juliano. Discurso sobre Helios Rey*, versión de Talbot, cap. 4.

17. *Juliano, Discurso sobre Helios Rey*, cap. 4.

18. BOISSIER, Gastón, op. cit. t. I, pág. 114.

Según él, los mitos recubren una realidad trascendente que sólo pueden alcanzar los iniciados: "Los antiguos, sea bajo la dirección de los Dioses, sea por sus propias luces, buscaron las causas de los seres eternos, o tal vez, por mejor decir, las buscaron bajo la guía de los Dioses; cuando las encontraron, las recubrieron de mitos paradójicos a fin de que, gracias a la paradoja y a lo increíble, una vez descubierta la ficción, ésta nos presionara para buscar la verdad. Contentándose el vulgo a fe mía con la utilidad irracional y únicamente simbólica de la ficción, la élite intelectual no aprovechará de la verdad sobre los dioses sino con la condición de que, dedicándose a su búsqueda bajo la guía de los dioses, la encuentre y la aprehenda, gracias a la sugestión de los enigmas en los que hace falta buscar algo más"¹⁹.

En esta interpretación alegórica de los mitos se hacen evidentes los esfuerzos de Juliano y sus amigos para oponer al cristianismo un paganismo no sólo revitalizado sino también moralizado. Pero en ese intento los viejos mitos, expresión del sentimiento religioso de un mundo primitivo, pierden toda su realidad vital para convertirse en manifestación de un racionalismo decadente y de una religión moribunda.

Tal como anticipáramos, las ideas filosóficas de Juliano carecen de originalidad puesto que son una adaptación de los sistemas vigentes a las necesidades del paganismo del siglo IV. El interés primordial del emperador no radica en la elaboración de un sistema filosófico original, sino en la estructuración de una religión pagana dotada de nueva fuerza y vitalidad. A este objetivo subordinó todos los demás y encaminó las múltiples manifestaciones de su intelecto.

LA HISTORIA EN EL PENSAMIENTO DEL EMPERADOR JULIANO

Si bien Juliano no se ocupa específicamente de temas históricos, los mismos se hallan presentes en muchas de sus obras pues le sirven para justificar su programa político y para valorar el pasado cultural del paganismo.

En primer lugar debemos señalar que su visión de la historia está enmarcada en el esquema neoplatónico de la filosofía de la historia. En consecuencia, debemos hacer una referencia somera a los principios fundamentales de este esquema y a sus notables diferencias con el cristianismo y otras religiones de salvación.

El pensamiento filosófico griego se abocó desde sus comienzos a encontrar la realidad inmutable que se escondía tras la multiplicidad y el cambio. La aventura intelectual de Heráclito, que vio en el devenir y la mutabilidad la verdadera realidad, careció de arraigo en el pensamiento griego. A causa de ello se ha afirmado que los griegos no tuvieron un sentido de la Historia, considerada ésta como un proceso evolutivo irreiterable, con un punto de partida y encaminado hacia un fin. Evidentemente, semejante sentido de la Historia no podían tenerlo apoyándose en su peculiar metafísica. Pero no hay

19. Juliano, *Discurso sobre la Madre de los Dioses*, versión de Gabriel Rochefort, edic. Les Belles Lettres, cap. 10.

duda de que concibieron la historia humana como parte del gran proceso cíclico que afectaba la totalidad del cosmos. La idea de la repetibilidad de seres y cosas, "el eterno retorno", aparece ya en el orfismo y el pitagorismo. El mismo Heráclito considera que la lucha de los contrarios, que da origen al cambio y que es regida por el principio ígneo, se sujeta a un orden eterno de aparición y extinción, es decir, cíclico.

En Platón encontramos la idea de los ciclos históricos especialmente en relación con las constituciones de los pueblos. En ellas rige una legalidad, según la cual cada una de las formas estatales degenera y es reemplazada por otra: "Así, pues, en ese tiempo ¿no tendremos miles y miles de ciudades surgidas, y, conforme al mismo cálculo de multitud, un número no menor de destruidas? ¿No habrá pasado muchas veces cada una a su vez por toda clase de regímenes políticos? ¿No se habrán hecho, en unos casos, de pequeñas grandes y en otros de grandes pequeñas, peores de mejores y mejores de peores?"²⁰.

Dentro de las sociedades humanas Platón reconoce la existencia de un progreso material debido a las invenciones técnicas, y un progreso ético, logrado por la educación. Pero ese progreso es detenido por catástrofes periódicas que, aniquilando casi íntegramente las ciudades y los hombres, determinan el comienzo de un nuevo proceso civilizatorio.

También Aristóteles acepta la teoría de las catástrofes periódicas con la que se vincula la idea del Año Magno cósmico, al término del cual han vuelto todos los astros a su posición originaria, para empezar de nuevo su carrera²¹. Así como la naturaleza no tiene historia pues está siempre sometida a un mismo ritmo, la actividad humana expresada a través de la sociedad, el Estado, las creaciones del espíritu, muestra la persistencia de formas que aunque cambian dentro de ciertos límites, siguen siendo idénticas por su esencia y finalidad. La vida de las sociedades humanas está sujeta, como el resto del cosmos, a esas catástrofes periódicas que dan origen a un nuevo ciclo.

Las filosofías del período helenístico introducen alguna variante en el campo de lo histórico, que es consecuencia de la expansión mediterránea de la cultura griega luego de las campañas de Alejandro Magno. El estoicismo, en efecto, afirma la unidad de los hombres, que deben ser considerados como ciudadanos de un estado universal, ideal político a que aspira el mundo helenístico. Los historiadores embanderados en esta doctrina, Polibio en especial, elaboran no ya las historias parciales típicas del período clásico, sino historias universales que tratan de abarcar los acontecimientos del mundo conocido. En lo que se refiere a la visión del proceso histórico, también los estoicos consideran que está sometido a las leyes regulares de decadencia y retorno que rigen el ciclo cósmico.

El advenimiento del cristianismo cambia radicalmente el concepto del mundo y de la historia.

20. PLATÓN, *Las Leyes*, edición bilingüe, traducción, notas y estudio preliminar por José Manuel Fabón y Manuel Fernández-Galiano, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1960, Libro III, p. 83.

21. DUJOVNE, León, *La filosofía de la Historia en la Antigüedad y la Edad Media*, Buenos Aires, Edic. Galatea, 1958, p. 126.

El destino del hombre individual y el de todo el género humano no había sido planteado nunca como problema fundamental de la metafísica griega. Ambos eran considerados como un mero episodio dentro del proceso cósmico. Para el cristianismo, por el contrario, el mundo material es simplemente el escenario donde se desarrolla el drama del hombre como individuo y como género. Con él se introduce, además, el concepto de amor al prójimo y de solidaridad humana, pues todos los hombres desempeñan su papel en el mundo según el plan de la Divina Providencia. El cosmos no es considerado ya como emanación eterna del Bien o del Uno, de acuerdo con las filosofías platónica y neoplatónica, sino como creación de Dios. Esa creación no es intemporal sino llevada a cabo con el tiempo. En efecto, nos dice San Agustín: "Así que, siendo Dios, en cuya eternidad no hay mudanza alguna, el que crió y dispuso los tiempos, no advierto cómo puede decirse que crió el mundo después de los espacios de los tiempos; si no es que digan que antes del mundo hubo ya alguna criatura con cuyos movimientos corriesen los tiempos. Y si las sagradas letras (que son sumamente verdaderas) dicen "que al principio hizo Dios el cielo y la tierra" de modo que no hizo otra cosa primero, porque dijieran antes lo que había hecho si hiciera algo antes de todas las cosas que hizo; sin duda que el mundo no se hizo en el tiempo sino con el tiempo. Porque lo que se hace en el tiempo se hace después de algún tiempo y antes de algún tiempo... pero podía haber antes del mundo algún tiempo pasado, porque no había ninguna criatura con cuyos mudables movimientos fuera sucediendo"²².

La idea de un universo creado "ex nihilo", que se desenvuelve como un proceso histórico a través del tiempo y se encamina hacia un fin previsto por su Creador, es nueva y completamente ajena al pensamiento filosófico tradicional.

El personaje central de la creación es el hombre cuya historia comienza con la caída voluntaria en el pecado. A partir de ese momento se desarrolla el drama de la humanidad que es, al mismo tiempo, castigo y posibilidad de redención. Sin la historia, el hombre estaría condenado irremediamente. A través de la historia aprende la lección divina y puede alcanzar la salvación. Para ayudarlo, Dios, que es padre amante y no sólo juez severo, envía a su hijo como mediador. La pasión y muerte de Cristo constituye el climax del drama de la humanidad. En él se cumple la promesa de redención hecha por Dios a Adán y Eva. Su promesa de un juicio final anticipa el acabamiento de todo lo creado y, por ende, de la historia.

Con el cristianismo aparecen conceptos extraños al pensamiento helénico. En primer lugar, según ya dijimos, la creación ex nihilo, con el tiempo y a través del tiempo. Por el contrario, Plotino, cuyo pensamiento estamos considerando, concibe el mundo "como excurso homogéneo, como emanación de un Ser, uno, perfectamente divino, como gran espectáculo perecedero, pero extratemporal"²³.

22. San Agustín, *La Ciudad de Dios*, trad. de José Cayetano Díaz Bayral, Madrid, Apostolado de la Prensa, 1941, libro XI, cap. VI.

23. SCHNEIDER, Hermann, *Filosofía de la Historia*, Barcelona, Labor, 1931, p. 72.

En segundo lugar, el cristianismo considera al hombre como eje y centro de la creación. A ello debemos añadir la unidad y solidaridad del género humano en su destino. En consecuencia, la historia es vista como un proceso único, irreiterable, en el que tiene cabida la libre voluntad del hombre y, por lo tanto, lo imprevisible y contingente. Este proceso histórico tiene un principio y progresa hacia un fin. La visión de los ciclos eternamente repetidos no tiene cabida en esta concepción. La muerte irrepetible de Cristo es la mejor refutación de la teoría de los ciclos, según las palabras de San Agustín²⁴.

La concepción cristiana del hombre y su historia como centro del universo difiere completamente de la neoplatónica. "Cierto es que esta última da al individuo humano, cuya esencia espiritual es susceptible de la deificación, una elevada posición metafísica. Cierto es que considera el curso teleológico de la naturaleza bajo el punto de vista (estoico) de la utilidad humana, pero nunca hubiera convenido el neoplatonismo en ver en el hombre la meta del universo, por mucho que haya sido para él manifestación parcial del influjo divino"²⁵.

En la *Enéada* II de Plotino figura el Tratado contra los gnósticos, en el que se advierte su reacción contra la concepción del universo que presentaban las nuevas religiones de salvación.

El universo de los gnósticos es dramático, con alternativas y crisis que configuran una historia verdadera. Las transformaciones que sufre son debidas a iniciativas imprevisibles que nacen, no de la naturaleza misma de las cosas, sino de las voluntades buenas o malas. Dentro de este drama tiene cabida, como un episodio más, el destino del hombre y su salvación. El esquema de los gnósticos comprende cuatro actos: primero, la producción de una serie de realidades inteligibles que nacen de un primer principio inefable; segundo, la caída de la última de esas realidades en el mundo de la materia, el que ilumina con sus reflejos; tercero, el nacimiento de un demiurgo, hundido en la materia, que crea a su vez el mundo sensible gracias a los reflejos que vienen de lo inteligible y que están aprisionados en el mundo; finalmente, la salvación: los gérmenes espirituales incluidos en el mundo, después de haber sufrido una multitud de pruebas, se remontan a su origen y el mundo sensible es destruido²⁶.

Para refutar esta doctrina Plotino comienza por reiterar que sólo existen tres realidades: "...es necesario colocar el Bien a la cabeza, después de él, la inteligencia y el inteligente primitivo, y después de la inteligencia el alma. Tal es el orden conforme a la naturaleza y no hay ni más ni menos en la realidad inteligible"²⁷. Rechaza, por lo tanto, las numerosas realidades inteligibles de que hablan los gnósticos: "No hay, por lo tanto, sino estas tres hipótesis; no admitimos en los inteligibles esas invenciones superfluas a las

24. San Agustín, op. cit., libro XII, cap. XIV.

25. WINDELBAN, Wilhelm, *Historia de la Filosofía*, versión española e inglés analíticos por Francisco Larroyo, 2ª edición, México, Antigua Librería Robredo, 1945, t. II, p. 216.

26. BREHIER, Emile, Nota preliminar al Tratado contra los Gnósticos (IX) de Plotino, *Enéada* II, Edic. Les Belles Lettres.

27. PLOTINO, Tratado contra los Gnósticos, cap. I.

cuales ellos se rehusan. No hay más que una inteligencia única, idéntica, siempre la misma, inmóvil, imitando a su padre tanto como puede"²⁸.

Según los gnósticos, las almas de los pocos escogidos para salvarse son superiores al mundo y a todas las potencias cósmicas; son los hijos de Dios. Esa pretensión es inadmisibles para Plotino: "El mundo sensible existe para Dios y mira hacia él, lo mismo que todos los dioses, cada uno de los cuales hace conocer a los hombres, por profecía o por oráculos, todo lo que tiene afinidad con ellos. Que ellos no sean el mismo Dios supremo, es natural; pero si queréis despreciarlos y jactaros de no serles inferiores, yo os diré ante todo que, cuanto mejor se es, más benevolencia se muestra hacia todos los seres, como hacia los hombres. Además es necesario estimarnos con mesura, sin exageración y sin elevarnos más alto de lo que nuestra naturaleza puede hacernos remontar; es necesario pensar que hay un lugar para otros seres, además de nosotros, junto a Dios; no es posible colocarnos los únicos a su lado, y escapando junto a él en sueños, privarnos de convertirnos en dios, tanto como es posible al alma humana. Ello es posible en la medida en que es conducida por la inteligencia; sobrepasar la inteligencia es disminuir"²⁹.

Plotino rechaza la concepción de una salvación individual mecánica, pasiva, sin intervención de la voluntad del elegido. La verdadera salvación se logra a través de la virtud del sabio, es la filosofía la que nos hace mejores y nos facilita la huida hacia los mundos de la verdad y el bien. Considera, pues, como uno de los mayores defectos de la doctrina de los gnósticos el que no poseen ninguna doctrina de la virtud.

Este tratado de Plotino es una de las más airadas protestas del racionalismo helénico contra el individualismo religioso que, en esta época, invadía el mundo greco-romano. Su ataque se dirige contra la pretensión del individuo de creer que todo está vinculado con su salvación personal. Esta concepción es diametralmente opuesta a la tradición helénica para la cual el verdadero fin del hombre en alcanzar su lugar en el sistema de realidades y no desempeñar el papel principal. Jamás habría podido admitir Plotino, y con él todo el neoplatonismo que el hombre es la meta del universo y el objeto fundamental de la Providencia divina. Nada semejante a una historia irreiterable, cuyo fin coincidirá con el de la creación podía tener cabida en la teoría helénica de los ciclos eternos.

En líneas generales, Juliano comparte estas doctrinas neoplatónicas. Así pues, desde el punto de vista metafísico concibe el mundo, lo mismo que Plotino, como un proceso homogéneo, extratemporal, emanado del Uno. Pero en el campo de lo histórico advierte la existencia de multitud de pueblos, con diferencias profundas entre ellos. ¿Cómo introducir esta multiplicidad y variedad dentro de la unidad? Para ello recurre a la teoría de los dioses etnarcas, inspirándose en el *Timeo* de Platón.

Oponiéndose a la cosmogonía cristiana que hace proceder toda la creación de un solo Dios, se adscribe a la doctrina de los dioses intermedios tal como aparece expuesta en el *Timeo*. Esta creación múltiple explica las dife-

28. Idem, cap. 2.

29. Idem, cap. 9.

rencias entre los pueblos, cada uno de los cuales es protegido por un dios cuyas características comparte: "Nuestros autores dicen que el creador del universo es el padre y el rey común, que él ha distribuido las naciones a los dioses protectores de las naciones y de las ciudades, y que cada uno de ellos ejerce especialmente las funciones que le corresponden. En efecto, siendo todo perfecto en el padre y componiendo un todo absoluto, hay en las partes una potencia que recibe aplicaciones relativas: Marte preside los actos guerreros de las naciones; Minerva es la diosa de la prudencia y de la guerra; Mercurio les enseña la astucia más que la audacia; en una palabra, cada nación obedece al ascendiente particular de aquel de los dioses que está encargado de velar por ella... ¿por qué los celtas y los germanos son bravos, los griegos y los romanos políticos ante todo y civilizados, pero sin embargo fieros y belicosos; los egipcios más listos y más industriosos, los sirios poco adecuados para la guerra, blandos, pero con una mezcla de espíritu, calor, ligereza y facilidad para aprender? Si no se ve la causa de esta diferencia entre las naciones, y si se sostiene que todo esto es efecto del azar, ¿cómo se creará que el mundo está gobernado por una providencia?"³⁰.

Los diversos tipos de legislación responden a las características de cada pueblo: "Es una constante que las leyes responden a la naturaleza respectiva de los pueblos en que son establecidas. Políticas y humanas entre los pueblos dotados de humanidad, son duras y salvajes entre aquellos que tienen un natural muy diferente de los primeros. En efecto, los legisladores han agregado poca cosa, en sus prescripciones, a la naturaleza y a los usos... Se podrá apenas encontrar algunos pueblos de occidente, salvo un muy pequeño número, que cultivan la filosofía y la geometría y que sean adecuados para este género de estudios, aunque el imperio romano haya extendido tan lejos sus conquistas"³¹.

Cuando Juliano refuta a Moisés en relación con el episodio de la torre de Babel y la diversificación de las lenguas, le reprocha no haber dicho nada acerca de las diferencias existentes entre los pueblos. Esas diferencias son conforme a la naturaleza de cada uno de ellos. "Si, pues, de la misma manera que Dios ha ordenado la confusión de las lenguas y su disonancia, él ha querido que hubiese una diferencia en la constitución política de las naciones, no lo ha hecho solamente por una orden suya, sino que ha debido crearnos en vista a esa diferencia. Ha sido necesaria, ante todo, una diferencia natural entre las naciones que debían vivir de manera diferente. Se ve esto en los cuerpitos mismos, si se considera la diferencia que hay entre los germanos, los escitas, los libios y los etíopes"³².

Para esta teoría, como para muchas otras suyas, Juliano se inspira en el platonismo. Cada nación, cada pueblo es la realización, en el mundo sensible,

30. Juliano, *Contra los Galileos*, extractos del libro IV de San Cirilo, cap. I, versión de Talbot.

Juliano considera a los dioses etnarcas como el equivalente de los gobernadores de provincia, que actúan según las órdenes que reciben del soberano.

31. Juliano, *Contra los Galileos*, extractos del libro IV de San Cirilo, cap. 2.

Así como existen jerarquías entre los dioses, también existen entre los pueblos. Ello explica la superioridad de unos en relación con otros, especialmente en el terreno cultural.

32. Juliano, *Contra los Galileos*, cap. 6.

de un modelo inteligible. Atribuye una especie de perennidad a sus costumbres, creencias, legislación. El pasado prefigura el porvenir y los pueblos deben permanecer fieles a la misión trazada por su pasado. Apartarse de ella es condenarse a la destrucción.

Con su doctrina de la invariabilidad y permanencia de los tipos nacionales y el culto de los dioses etnarcas, Juliano opone su filosofía de la historia a la del cristianismo. La idea de la igualdad entre todos los hombres, de una humanidad con un mismo origen y un destino común, es extraña a su pensamiento, nutrido de platonismo. Más aún lo es el concepto de una marcha progresiva de la historia, de un perfeccionamiento en el tiempo. Cada civilización es una unidad estática, con su pensamiento, sus doctrinas religiosas, sus formas de vida. Siempre ha sido idéntica a sí misma, sin evolución progresiva. ¡Desdichados de aquellos que quieran destruir esta unidad secular!

En concordancia con su doctrina de los dioses etnarcas y de la diferenciación natural entre los pueblos, Juliano establece jerarquías entre ellos. Comprobamos en diversos pasajes de sus obras que no todos valen para él de la misma manera. Frente a los pueblos orientales su actitud es una mezcla de respeto y desdén. Respeta su religiosidad, preocupación por el culto y cumplimiento de los ritos. Desdeña los defectos de su carácter y sus costumbres bárbaras.

Con respecto a Egipto, sin embargo, Juliano muestra un enfoque diferente. Comparte la admiración que el mundo clásico sintió por la sabiduría de este pueblo. Sin haber visitado este país conoce bien su geografía, la importancia de las crecidas del Nilo, los acontecimientos de su historia y sus doctrinas religiosas. La fusión de la cultura griega con la egipcia, realizada por los Ptolomeos, le parece admirable pues significa la unión de dos altas culturas. Lo que no puede admitir ni comprender es que el refinado pueblo de Alejandría se haya volcado hacia el cristianismo y se atreva a enfrentar las iras del emperador por defender a su obispo Atanasio. Según la opinión de Juliano, Alejandría, foco de la más excelsa cultura pagana, no puede cambiar su glorioso pasado por una doctrina que es completamente extraña a sus tradiciones.

De los pueblos de Oriente, los caldeos merecen el respeto de Juliano por su conocimiento de las cosas divinas, especialmente los astros. Al hablar de los profetas bíblicos muestra alguna consideración por Abraham porque, siendo de origen caldeo, estaba versado en estos conocimientos.

Los astros, cuerpos divinos, dioses visibles, fueron siempre objeto de veneración y estudio por parte de Juliano. Respetaba y admiraba los conocimientos astrológicos que el Occidente había recibido de los antiguos caldeos.

Poco interés evidencia Juliano por los otros pueblos de Oriente, como no sea para reprocharles su vida muella y su servilismo. Su desdén por los sirios es notorio. Los de Antioquía unen a sus defectos nacionales el ser galileos. Cada página del Misopogón destila el desprecio hacia ellos.

En relación con los judíos sus sentimientos son complejos. Aprecia la exactitud de sus observaciones rituales y la fidelidad a sus tradiciones nacionales. Lo que no acepta es la pretensión de los hebreos, y luego de los cristianismos, de que su Dios es el verdadero, único y universal. Está dispuesto a venerar a

Jehová como uno de los tantos dioses etnarcas, destinado por la Divinidad para la conducción del pueblo hebreo. Pero nada más. En cuanto a sus cualidades como pueblo, las de los hebreos son tan inferiores que no pueden soportar la comparación con los griegos o los romanos. Si la historia prueba algo, es que los judíos son una raza olvidada y no, como ellos imaginan, la favorita de la Divinidad. Su historia ha sido la de reiterados cautiverios: "Pero, se dirá ¿es que Moisés, con su brazo poderoso, no los sacó del Egipto, del lugar de servidumbre? Eso es verdad, pero una vez establecidos en Palestina, ¿no han cambiado de fortuna como el camaleón, según afirman aquellos que lo han visto, cambia de color, obedeciendo tanto a los jueces como a los extranjeros? Una vez sometidos a sus reyes... vivieron finalmente en un país propio y trabajaron su pequeño rincón de tierra durante cuatrocientos años, pero fueron los esclavos de los asirios, primero, luego de los medos, finalmente de los persas y hoy lo son de nosotros"³³.

En cuanto a los medos y persas, no hay duda de que Juliano estaba muy versado en el conocimiento de sus doctrinas religiosas. Más aún, las comparte. Es seguro que había sido iniciado en el culto de Mitra, uno de sus preferidos. Algunos autores han acusado a Juliano de ser más persa que heleno. Pero el hecho de que Juliano comparta algunas doctrinas religiosas de los persas, no significa que los admire como pueblo. En ese sentido muestra el tradicional antagonismo helénico hacia el enemigo secular. Desprecia sus costumbres bárbaras y su falta de amor a la libertad. Considera a los persas, como a los otros pueblos de Oriente, nacidos para ser esclavos de un déspota.

Sin embargo, de todos los pueblos bárbaros, este enemigo secular del mundo clásico es el único que considera digno de rivalizar con el imperio, por su sostenida belicosidad y poderío territorial.

En su valoración del mundo clásico, Juliano establece diferencias entre Grecia y Roma. Nacido en Constantinopla, Juliano se considera más griego que Romano. Cierto es que tiene plena conciencia de la grandeza política y militar de Roma, pero su admiración se vuelca hacia las creaciones espirituales de los griegos. En su compleja personalidad conviven el filósofo y el hombre de Estado, con predominio del primero.

Las creaciones culturales ocupan los primeros puestos en su escala de valores. En ese terreno nadie puede disputar la primacía a los griegos. Juliano apenas puede disimular el orgullo que lo domina de sentirse vinculado a ese pueblo genial: "Pues nosotros, habitantes de la Tracia y de la Jonia, somos griegos de origen y aquellos de nosotros que no son ingratos, desean saludar a sus padres y besar el suelo de su país"³⁴.

Desde pequeño fue educado en el amor de lo griego. Los poemas de Homero y Hesíodo nutrieron su pensamiento y su imaginación a la edad en que otros niños gastan las energías en juegos infantiles. De tal manera está empapado de ellos que todos sus escritos contienen abundantes citas de estos autores, sobre todo de Homero. Los héroes homéricos despiertan su admira-

33. *Juliano, Contra los Galileos*, extractos del libro VI de San Cirilo, cap. 10.

34. *Juliano, Panegírico de la emperatriz Eusebia*, versión de J. Bidez, cap. 12.

ción y frecuentemente los pone como ejemplo. Quisiera ver sus cualidades reinando otra vez entre los hombres.

Pero es el período clásico el que suscita la fervorosa admiración de Juliano, especialmente la Atenas de Pericles. Su corte de filósofos, retóricos y sofistas intenta ser una repetición de la élite de intelectuales que rodearon a Pericles. En varias oportunidades se refiere a las virtudes que lo adornaban, sobre todo la templanza y moderación en el uso del poder.

El pasado cultural de Grecia se convierte para Juliano en un ideal de vida. Grecia no es sólo la madre de la filosofía, "dominio en el que, solos, los griegos han alcanzado la primacía, buscando la verdad por el razonamiento, como quiere la naturaleza, en lugar de dejarnos aficionar a fábulas increíbles o absurdos milagros como hacen la mayor parte de los bárbaros"³⁵ sino que en ella se desarrollaron y perfeccionaron todas las ciencias: "El conocimiento de los fenómenos celestes ha sido perfeccionado entre los griegos, luego de las primeras observaciones hechas por los bárbaros en Babilonia. La geometría, nacida de la geodesia en Egipto, ha hecho los inmensos progresos que vemos. Son además los griegos quienes han elevado la aritmética, inventada por los mercaderes fenicios, al rango de ciencia. Los griegos, finalmente, unieron las tres ciencias en una, adaptando la astronomía a la geometría, combinando la aritmética con las dos primeras y constatando las relaciones armoniosas que existen entre ellas. De allí nace, entre ellos, la música, gracias al descubrimiento de las leyes de la armonía fundadas sobre la concordancia perfecta, o poco más o menos, del sonido con la facultad de percibirlo"³⁶.

Símbolo de esa cultura griega que Juliano desea restaurar en todo su esplendor, es la religión, que ocupó lugar importante en la historia de Grecia y que inspiró a los más grandes escritores. En su polémica con los cristianos, intenta demostrar la superioridad de una religión sobre otra, recurriendo a la procedencia de las mismas. Llama a los cristianos "galileos" para indicar que han salido de un oscuro rincón de Palestina. Por el contrario, da al paganismo renovado el nombre de "helenismo" pues es la religión de Grecia; "pero el helenismo no es para él patrimonio de un pueblo; es un ideal universal"³⁷.

Ya hemos dicho que Juliano se sentía griego a pesar de ser un emperador romano. En ese sentido opina Boissier: "Nada es más chocante cuando se leen sus obras, que ver cuán poco lugar ocupa el occidente en sus preocupaciones. Roma, aunque hable siempre de ella con respeto, no es verdaderamente su patria. No la ha visitado jamás y no expresa en ninguna parte el sentimiento. Amiano Marcelino nos dice que "no hablaba el latín más que de una manera pasajera", mientras que en griego es uno de los mejores escritores de su época. La literatura latina no parece existir para él. No ha pronunciado jamás el nombre de Virgilio, se diría que no lo conocía. Por el contrario, está familiarizado con Platón y cita a Homero casi a cada página"³⁸.

Esta actitud de Juliano hacia Roma es comprensible cuando se piensa que,

35. Juliano, *Discurso sobre la partida de Saloustios*, versión de J. Bidez, cap. 8.

36. Juliano, *Contra los Galileos*, extractos del libro V de San Cirilo, cap. 8.

37. PIGANIOL, André, *L'Empire chrétien*, t. IV, Rome, partie de l'Histoire Générale fondée par Gustave Clotz, Paris, Presses Univ. de France, 1947, p. 115.

38. BOISSIER, Gastón, op. cit., tomo I, pág. 95.

como filósofo y literato, admira en un pueblo su genio creador y sus realizaciones culturales. En ese terreno Roma no resiste la comparación con Grecia. Las virtudes del pueblo romano son de otra índole: militares, políticas, administrativas, de organización. Pero en cuanto a la cultura, vive de la mimesis. Eso no podía dejar de verlo Juliano. No obstante, ese juicio no disminuye el respeto que siente por Roma y su significación histórica. Prueba de ello es que los dos objetivos fundamentales de su política son: por un lado, restaurar y fortalecer el paganismo, símbolo cultural de Grecia, y, por el otro, consolidar el imperio en su organización y poderío militar. Grecia y Roma, de diferente manera, constituyen los dos focos de su interés.

Los distintos períodos de la historia de Roma son conocidos perfectamente por Juliano, quien los valora de un modo diferente.

La época republicana despierta su admiración, sobre todo por sus instituciones. En la sátira "El Banquete o Los Césares" pone estas palabras en boca de César: "Tócame a mí, ¡oh Zeus y dioses!, nacer después de tantos claros varones, en una ciudad como aquella que llevó su imperio adonde antes otra alguna, de suerte que todas las demás hayan de darse por muy satisfechas con hacer a su lado un papel secundario. Porque, ¿qué ciudad como aquélla, habiendo tenido principio de tres mil hombres nomás, en seiscientos años no cumplidos logró llegar y penetrar con las armas hasta las playas más remotas? Ni qué otra raza produjo con tal frecuencia tantos varones honrados e ilustres en la guerra y en las artes pacíficas? Ni ¿Quién como sus hijos practicó tan piadosamente el culto a los dioses?"³⁹.

Aunque admirador de las instituciones republicanas, Juliano considera que la mejor forma de gobierno para tan extenso imperio es el principado. Pero el de Augusto y los Antoninos.

Por razones políticas Juliano se interesó vivamente en el pasado imperial. Buscó allí el arquetipo del gobernante. Ello explica la severidad con que enjuicia ese pasado. La mayor parte de estas críticas está expuesta en su ya mencionada sátira "Los Césares". Los vicios morales y el abuso de poder constituyen el blanco de sus ataques. Pero su crítica no es sólo negativa sino que pone también de relieve los aciertos políticos y militares de varios emperadores. Tal el caso de Augusto, a quien elogia indirectamente atribuyéndole estas palabras: "... Además de esto, a la República Romana, que las frecuentes guerras civiles habían puesto en la última extremidad, restauré y consolidé de tal suerte que al final quedó para siempre ¡oh dioses! vuestra obra como si fuera diamantina. Tampoco, llevado de immoderado deseo de gobernarlo todo y alzarla con el universal dominio ordené mi conducta, sino que señalé a nuestro imperio dos fronteras, como marcadas y ofrecidas por la naturaleza: el Ister y el Eufrates. Reprimidos y dominados luego los tracios y escitas, y gracias a vuestras mercedes, disfrutando de durable imperio, no me enredé en una y otra guerra, sino que empleé mis ocios en definir el Derecho y corregir lo que lo que las luchas civiles corrompieran. En lo cual me conduje de suerte que no creo haber sido de menos provecho para el bien público que

39. Juliano, *Los Césares*, versión de Spanheim, vol. CCLII de la Biblioteca de Autores Clásicos, p. 118.

ninguno de cuantos me precedieron, sino mejor, si se me permite hablar con esta audacia, que todos cuantos en algún tiempo rigieron y gobernaron repúblicas..."⁴⁰.

Los emperadores de la dinastía Antonina son los más elogiados por Juliano. Trajano habla de sí: "Yo, ¡oh dioses! habiéndome encargado de la República cuando estaba como quien dice dando boqueadas, ya por la doméstica tiranía que tanto tiempo la afligiera, ya por las incursiones de los getas, fui el único que se atrevió a los habitantes del Ister. Yo destruí a los getas y los borré de la faz de la tierra... Y todo esto, con ser tan grande, lo llevé a cabo en cinco años cortos. Además de esto, a todos parecí el más clemente y manso de los emperadores que me precedieron, según es manifiesto... Y siendo así no soy digno de mayor honra que los otros, habiéndome portado clemente con mis súbditos y temible con los enemigos y cultivado y guardado, por añadidura, a esa hija vuestra, la Filosofía?"⁴¹.

De todos los emperadores el único que no necesita justificarse ante los dioses es Marco Aurelio: "No he menester, ¡oh dioses! de discurso ni controversia alguna. Pues si ignoráseis mis hechos, estaría bien que yo os lo enseñase, pero puesto que los conocéis (que no hay cosa que se os oculte), concededme desde ahora mismo el honor que merezca". Con lo que Marco pareció admirable en todo, pero principalmente descollar en la prudencia, como hombre que sabía callar y hablar a su hora"⁴².

Para Juliano el arquetipo de gobernante lo constituye Marco Aurelio, emperador filósofo, en quien ve reunidas las cualidades ideales de un monarca. A él tratará de imitar durante su reinado.

En "Los Césares", Juliano pone claramente de manifiesto el profundo resentimiento que guarda contra los miembros de su propia dinastía, resentimiento que había tenido que ocultar durante demasiado tiempo. Ni aún Constantino se libra de sus ataques: "Después de Marco fue invitado a hablar Constantino. El cual, al principio, entró en la liza con ánimo confiado, aunque quien fijara la vista en las obras de los demás habría de encontrar las suyas de muy poca monta y hasta de ningún valor. Pues si es verdad que quitó de en medio a dos tiranos, no lo es menos que uno de ellos era hombre pacato e indolente y el otro desgraciado y viejo y entrambos sumamente odiosos a los dioses y a los hombres. Fuera de esto, sus hazañas con los bárbaros resultaban poco brillantes y aun ridículas. Pues en cierto modo pagábales tributos y sólo atendía a las delicias del lujo de la vida"⁴³.

Juliano envuelve a Constantino en el odio que siente hacia el cristianismo. No puede perdonarle su traición al paganismo; con la protección otorgada a la nueva religión reniega de sus tradiciones familiares y nacionales. Pierde sus raíces, se barbariza. En cuanto a su primo Constancio, es lógico que Juliano sienta poco afecto por él. Aunque no tenga pruebas de que fuera el responsable directo de la muerte de todos sus parientes, está convencido de ello. Por otra parte, a él debe una infancia llena de temores y encierros.

40. *Juliano*, *Idem*, 124-5.

41. *Juliano*, *Idem*, p. 125-6.

42. *Juliano*, *Idem*, p. 126.

43. *Juliano*, *Idem*, p. 127.

También la muerte de su hermano Galo. Ciertamente es que Constancio le otorgó la dignidad de César, pero en condiciones humillantes. Finalmente, la muerte inesperada del emperador lo libró de quién sabe qué destino trágico. Quizá el de su propio hermano.

Todo el pasado imperial pasa por la criba de la mordacidad e ironía de Juliano en este diálogo satírico. Uno de sus párrafos más interesantes es aquel en que Hermes somete a un interrogatorio a los emperadores para conocer el objetivo dado a sus vidas: "...Hermes interrogó a César: —Dime ¡oh César!— preguntóle ¿cuál fue el fin que en tu vida te propusiste? Respondióle aquel: "Ser el primero entre los hombres de mi época, no siendo ni pareciendo segundo de nadie... "Pasó Hermes a interrogar a Octavio: ¡Y tú, nos dirás qué es lo más grande que hiciste? "Administrar bien el imperio", respondió aquél... Y Hermes luego encaróse con Trajano: Y tú, díjole, ¿qué piensas de las hazañas que llevaste a cabo? "Digo —respondió Trajano— que deseé lo mismo que Alejandro (es decir, vencerlos a todos), aquí presente, aunque con más moderación"... y Hermes encaróse con Marco, "y a ti, ¡oh venerable! —dijo— ¿cuál te pareció ser el más hermoso objeto de la vida? A lo que aquél con extraordinaria compostura y moderación: "Imitar a los dioses", repuso. Finalmente interrogó Hermes a Constantino: "¿Y tú, qué tuviste por más hermoso? "Yo —respondió aquél, allegar las más riquezas posibles y gastarlas en servicio de los deseos propios y de los amigos"⁴⁴.

Como, en última instancia, el valor moral de un hombre se mide por la finalidad que ha dado a su vida, Marco Aurelio recibe de los dioses el premio instituido durante ese singular banquete celestial.

Comprobamos que Juliano, como filósofo, se erige en juez del pasado. Roma, por la importancia de su dominación mundial, le ofrece abundante material sobre el que ejercer su crítica. Pero la severidad de su juicio escéptico no es tanta como para negar que ha existido algún gobernante digno de ser imitado. No es sorprendente que ese modelo sea un emperador filósofo. Sin desdeñar la capacidad militar o política, Juliano reverencia a quien considera la imitación de los dioses como el objetivo supremo de la vida.

Marco Aurelio confiere realidad a la forma de gobierno perfecta, según Juliano: la monarquía basada en la razón y virtud. La misma constituye el medio más adecuado para educar a los pueblos y despertar en ellos sentimientos elevados y sanas costumbres. Si en el cuerpo social la cabeza es virtuosa, los miembros también lo serán.

Para resumir lo expuesto, podemos agrupar las ideas de Juliano acerca de la Historia en las siguientes conclusiones:

El mundo de lo sensible, el de la realidad histórica, como última emanación en la procesión del Uno, no ha sido creado de la nada y con el tiempo, sino que participa de la eternidad del principio creador. Mutable y perecedero es, sin embargo, reflejo de la inmutabilidad de lo inteligible. Por lo tanto, eternamente recreado.

Juliano, enrolado en el neoplatonismo, rechaza la concepción de la Historia como un drama de la humanidad cuyo escenario físico ha sido creado

44. *Juliano*, *Idem*, p. 128.

“ad hoc”. El mundo histórico es sólo una parte del gran todo dentro del cual adquiere su verdadera significación. En consecuencia, el destino del hombre no puede ser nunca la meta de la Historia.

La multiplicidad y variedad de los seres materiales requiere no un creador, sino varios.

El Rey Sol de la doctrina de Juliano es el equivalente del Demiurgo platónico. Este artesano divino ordena a los dioses intermedios realizar, a su vez, la creación de los seres materiales. Si la humanidad no es producto de un dios sino de varios, nos explicamos, de acuerdo con su teoría, las diferencias existentes entre los pueblos. Cada uno de ellos responde a la idea que su dios etnarca ha puesto en ejecución.

La providencia divina se ejerce por igual sobre todo lo creado. Ningún pueblo es el elegido de Dios y objeto de su especial preocupación. Si cada pueblo, con sus instituciones, costumbres, religión, lengua, etc., sigue un modelo determinado, es necesario que permanezca fiel a ese modelo.

Indudablemente existen una evolución y un progreso dentro de la historia de cada uno de ellos, pero se realizan de acuerdo con lo planeado por su dios etnarca. Apartarse de las leyes patrias, de la religión de los mayores, de las tradiciones ancestrales es violar la propia naturaleza y rebelarse contra los dioses.

La oposición de Juliano al cristianismo adquiere, con esto, un carácter más metafísico que doctrinario. El triunfo definitivo de la nueva religión y su alianza política con el imperio conduce a la civilización antigua hacia la negación de sí misma. Juliano, con absoluta clarividencia, comprende que se trata de la pugna entre dos culturas, pues religión y cultura son conceptos idénticos en su mente. El ser de una de ellas constituye el no-ser de la otra.

En lo que se refiere a la valoración del pasado concreto de la cultura grecoromana, Juliano tiene la característica actitud mental del historiador pragmático. Busca las enseñanzas de ese pasado. Morales y políticas. Las personalidades más destacadas de la historia de Grecia y Roma son estudiadas en función de las virtudes y defectos, pero también de su genialidad política. Aunque siente gran admiración por las dotes militares de Alejandro Magno, prefiere las cualidades de Pericles: moderación en el uso del poder, habilidad política y talento para rodearse de las figuras más sobresalientes del arte y la filosofía. De haber gobernado ciudades-estados, Juliano hubiera gozado, la adulación baja y rastrea que aparecen en los últimos años de la tomado a Pericles como modelo. Pero era un emperador romano.

Las virtudes del pueblo romano en los primeros tiempos de su historia merecen su aprobación y elogio. No así las ambiciones desmesuradas, la demerrepública.

La extensión y complejidad del imperio romano exigen un tipo diferente de gobierno. Juliano considera que la más adecuada es el principado, el de Augusto y los Antoninos.

Influido por la filosofía platónica investiga el pasado imperial buscando el príncipe ideal que le sirva como ejemplo y meta de su propia actuación. Según era lógico esperar, lo encuentra en Marco Aurelio, filósofo y político.

Juliano aspira a ser, como él, un soberano justo, sabio, moderado, valeroso y sobrio en la manera de vivir.

Grecia y Roma son valoradas de manera diversa, si bien en el pensamiento de Juliano no existe la separación que los historiadores posteriores establecieron entre el pasado de los dos pueblos. Ambos constituyen aspectos diferentes de una misma cultura. Grecia es el manantial de donde fluye cuanto de valioso el espíritu humano es capaz de elaborar. Roma, con su poderío militar y su habilidad natural para la organización y el mando político, fue el instrumento de expansión de esas ideas. El genio creador de Grecia fue equilibrado por el organizador de Roma.

En concordancia con esta valoración del pasado histórico Juliano elaboró su programa político, cuyo objetivo fundamental es lograr la unidad y conservación de las estructuras tradicionales del imperio. Las realidades emanadas del Uno se encaminan a la perfección en la medida que, alejándose de la multiplicidad, tornen hacia la unidad. En consecuencia, cualquier cambio radical que afecte las tradiciones del imperio, sus leyes, formas de vida y cultura, no puede menos que atentar contra la propia existencia de ese organismo político.

Si para Constantino, lo mismo que para Teodosio, la salvación del imperio estaba en su alianza estrecha con el cristianismo, Juliano buscaba esa salvación en la pagana “religio”.

El tiempo carece de significación en su concepción de la historia. Su meta es la recuperación de la romanidad pagana, tal como había sido en los siglos de su mayor esplendor.

En definitiva, podemos afirmar que Juliano fue el último espíritu antiguo. Su fracaso es el principio del fin de la concepción pagana de la vida o, lo que es lo mismo, de la civilización clásica.

NELLY LÓPEZ DE HERNÁNDEZ